

Mario Briceño-Iragorry

II 4V-433

58-1906

MOTIVOS

TIP. MERCANTIL

CARACAS

1922

MOTIVOS

114
Mario Briceño-Iragorry

MOTIVOS

TIP. MERCANTIL

CARACAS

1922



MOTIVOS

HACIA BABEL
EL DERECHO
LA GUERRA
WILSON
ROLLAND
CAUSAS Y EFECTOS
LA UNION
LA JUSTICIA
LA CRITICA
IAS CIVILIZACIONES CAIDAS
EL SIGLO XX
NUEVOS RUMBOS
"EL SENTIDO DE LA MUERTE"
¿ PERECER ?
" EL LIMITE "
EL MISTICISMO
LA LITERATURA MISTICA
LA EDAD DE ORO
AYER Y HOY
LOS RUSOS
LA ASCENSION
EL GRAN INQUISIDOR
EL CAMINO

a Julio Sardi

B-I.

Hacia Babel.

En la larga peregrinación del adamita sobre la faz terrestre, Babel se alza como un símbolo. El fracaso de los hombres post-diluvianos al pretender hacer algo tan alto que venciese el poder de los mares, representa la hora de la ruptura del Uno, de la homogeneidad racial, de la Justicia, de la Lengua, del Derecho y del Ideal. Y cuando la larga experiencia de los siglos ha demostrado la relatividad de casi todas las conquistas humanas, cuando la humanidad llora sobre los basamentos de su civilización decadente la pérdida de lo que creyó adquirido para

siempre, como los judíos la ruina de su templo a la hora crepuscular del sexto día, los hombres miran hacia el camino que traficaron hace mucho y que los llevará acaso al sitio de la dispersión: como los conservadores de la ley mosaica, lloran angustiados en el preciso momento en que se anuncia el crepúsculo de toda una civilización, y bajo la luz cárdena de la hora reemprenden el viaje hacia Babel, lleno el espíritu de un hambre de silencio, en medio de la paz que baja de las primeras estrellas centelleantes, en la noche acercándose.

El Derecho.

La necesidad de tal viaje la marca la evolución del pensamiento contemporáneo, encaminado hacia la unidad, hacia el acercamiento de lo que viejos prejuicios rompieron para dolor humano. Individual y colectivamente es ésta una necesidad que toma fuerza en el sentimiento de humanización que cruza el orbe. Caminar hacia la victoria del Derecho sobre la Fuerza, del Pensamiento sobre la Masa, del Ideal y la Justicia sobre las mezquinas aspiraciones de colectividades pedantes, es la idea victoriosa que incuba en los espíritus del nuevo siglo, llamado a le-

vantar la bandera blanca del En-sueño por encima de todos los sangrantes estandartes guerreros que han paseado su fama en busca de dominio, sobre la cara angustiada del mundo. Necesario es trocar los valores de la civilización caída, y cuando alguien aun diga con Ihering que "el fin del derecho es la paz y que la guerra consolida aquél", digamos que la guerra sólo crea destrucción y derechos negativos, derechos del fuerte y de la masa, desequilibrios profundos en la vida humana, y que el derecho alcanzado por la fuerza para ofrecernos paz, sólo vendría a ser la cristalización del peligroso postulado nietzscheano de "que la injusticia repartida constituye semi-derecho", derechos medios, que darían una paz de un solo pie.

La Guerra.

La ruta de la guerra para el Derecho ha demostrado sobre el amplio campo de experiencia que fué la Europa trágica de 1914, la obscuridad de su egoísta concepción. Madre y no hija, sólo la paz garantiza la eficacia de la Justicia, y hacia ella anhela caminar libremente el hombre actual, sacrificando inútilmente sobre el ara de imperialismos absurdos e hipócritas, que hicieron prostituta la Justicia, colocándola en el gonfalon que portaran sus tropas conquistadoras y victimarias. La guerra pasada, emboscada inútil preparada mutuamente por los pueblos que

heredaron toda la savia de los siglos, pudo verificar con claridad de metrallas, la fuga del Derecho hacia sabe quién qué remotos lugares del globo, hacia las ruinas babélicas acaso. La guerra careció de Justicia y de Derecho; si acaso tuviéranlos quienes repelieron ataques e invasiones, alegarlos podrían tal vez los que temieron ser sorprendidos: si la gran injusticia iba a tener comienzo, poco valía empezarla claramente sin justicia, ya que vencer era el único fin de la contienda.

Wilson.

La larga lucha se anunció desprovista de todo Ideal; si lo hubo como finalidad, fué el ideal de la garra y de la zarpa, y sólo las estrellas del Norte en el ocaso de la jornada cruenta, clarecieron un poco la negra preñez de sombras de la Europa: el credo wilsoniano fué credo de Paz, aunque pretexto fuera para anunciarlo e imponerlo, responder un ataque germánico, y así la luz de América fué la única nota de idealidad que se dejó oír en la horrenda lucha de imperialismo, que formó de toda Europa un campo de venganzas e injusticias, que

alarmaron los más duros corazones humanos y que hizo que las piedras y las selvas milenarias, donde antes florecieron el milagro y la leyenda, sintieran caer sobre su muda impasibilidad el lloro de sangre que lanzaron las heridas de los hombres, sacrificados sin clemencia, en rito de barbarie, sobre los negros altares de las divinidades subterráneas.

Rolland.

Todos los anteriores esfuerzos pacifistas quedaron más o menos nulos, y hasta las mismas voces que clamaron por el Ideal en épocas tranquilas, fueron eco entonces de la pasión irrefrenable. Las naciones mismas castigaron con pena capital a quienes osaron arrojar cenizas de clemencia sobre la zarza ardiente, conceptuándose delito de lesa patria todo deseo que no hubiese recibido el calor del foco pasional.

De callarse hubieron las voces de la justicia, que pasó a ser un deseo solitario y silencioso en escasos espíritus, suerte de lámpa-



ras diminutas y vacilantes en el corazón de la negra noche bélica. Y así vemos a Romain Rolland, después del esfuerzo supremo de **Juan Cristóbal**, refugiado en las cumbres serenas de Suiza, contemplando en lontananza los mágicos "edelweiss" de la leyenda nerviana. Entonces habló no sólo de la paz, sino de la alianza comprensiva de aquellos pueblos que por las viejas vías de los homicidios colectivos, ponían rojos puntos finales a las páginas de sus profundos odios históricos. Y cuando Mauricio Maeterlinck bajó de su alta cumbre mística para romper a una los tres silencios del quietismo que parecía adornaban su espíritu, el poeta de **Antonieta** para ganar en cambio cimas en su sed de justicia, se alzó como un profeta antiguo, evocando acaso a las márgenes de las quietas aguas helvéticas, las aguas lustrales que los blancos esenios de Judea derramaban en sus liturgias simbólicas. En el fondo de la escena trágica, él—calumniado por su patria—se le-

vanta como un símbolo de justicia universal, y su voz, llenando por un momento el tremendo campo apocalíptico, fué como el oráculo que anunciara el advenimiento de la unión, acaso irrealizable, proclamada por el de América y que por una grata coincidencia, ha empezado a hacerse práctica en anuales sesiones de Delegados en la misma tierra suiza. Con Wilson, ninguno como Rolland habló más alto en el momento sangrante de la tragedia, del valor profundo de la paz, como base única y granítica para el futuro templo de la justicia, eterna e inmutable.

Causas y efectos.

Porque la guerra no fué resultante de necesidades nacionales ni mucho menos vindicación de viejos derechos, obscurecidos para la razón en la sombra del medioevo; ella fué la explosión necesaria, el choque previsto de todos esos supremos elementos que crearon los XIX y XX siglos y que vivían en el fondo del espíritu europeo como un ensueño martirizante, pronto a dar el golpe fatal sobre su misma vida. Expresión de soberbia humana, la guerra larga enseñó de una manera positiva cómo el Derecho es flor pálida des-

tinada, mientras no se realice un trueque en los valores sociales, a marchitarse entre las penumbras de las universidades; y después de consumada la obra de destrucción y de venganzas nacionales, cuando no se vió al soldado que triunfa, sino a la madre dolorosa bañando en llanto amargo la tierra que se tragó los despojos de sus hijos, sacrificados en inútiles ofrendas a la Patria—que más que cadáveres de héroes necesita fuerzas vivas que la impulsen—y cuando el hambre y la miseria y el terror realizaban el negro milagro de la muerte en inocentes víctimas, en el espíritu de los hombres hubo como un retorno, como un regreso a los sentimientos olvidados en el trajín de su grandeza. Y en el momento en que aparece ese surgimiento nuevo, cuando la conciencia universal vive las palabras de Rod: “no soñéis con la Justicia, no soñéis con la Igualdad, no escuchéis a quienes de ellas os hablan!. . . son ésas palabras peligrosas que no tendrán

sentido hasta tanto que el egoísmo y el odio hayan dejado de andar entre los hombres”, la humanidad fijó la mirada en el único Apóstol que actuó en las duras tareas bélicas, el Apóstol del Siglo, más grande que los genios militares que dirigían los espantosos homicidios, y que en medio del desorden y de la destrucción causados por la hecatombe, habló al mundo, desde la curul gubernaticia del pueblo más joven entre los de la guerra, de la unidad de los pueblos, realizable en una sociedad nueva que hiciera práctico el triunfo de la Paz y del Derecho. Era el Ideal de la humanidad, expresado por labios de un hijo del Nuevo Mundo: un soplo de fé en los destinos de la raza y un propósito de renovación en las corrientes espirituales del orbe, el deseo de advenir a una época más pura y más justa, anidado en todos los corazones, en los indiferentes y en los sufridos, ante el dolor de las vidas trucas sobre las áridas arenas de un estéril sacrificio.

La Unión.

Distanciados los hombres por la larga germinación de ideas contrarias, encauzadas todas hacia el triunfo de su egoísmo, sintieron cercanos sus corazones en la hora triste del análisis, cuando del campo de matanza sólo vieron volar los negros cuervos mortíferos y la seda de sus banderas—donde fingía existir un Ideal—quemada por la pólvora homicida, fugarse en negra ceniza al soplo del viento indiferente. Entonces comprendieron que si divergentes fueron sus viejos ideales egoístas, era un mismo sentimiento de dolor y de piedad lo que vivía en sus espíritus



al contemplar en la hora presente su miserable destrucción, y sus brazos distanciados por las fronteras políticas, acaso sintieran como un deseo de enlazarse perdonándose.

El ideal wilsoniano de la "gran ciudad" crece así en el espíritu de la nueva civilización del siglo XX. Los hombres engañados por la policromía de viejos mirajes y por el canto de las sirenas de la pasada época, han procurado realizar la valorización de sus sentimientos, animados en su tarea por un amplio espíritu de confraternidad. El pensamiento camina hacia la unidad, hacia la justicia universal, hacia las normas supremas del derecho, cuyo culto ampara la cristalización de los más altos ideales de humanidad que han de presidir la marcha del mundo nuevo.

Humanización, aquí la obra que empieza sobre la sociedad, lenta en un principio, dolorosa, acaso con apariencias irreales como todo lo que se anuncia apenas, pero ella

empieza a anunciarse. ¿Progreso? No. Marchamos hacia atrás, hacia lo primitivo, hacia un momento pretérito de la vida universal. Vamos hacia Babel, hacia la hora en que se rompió la unidad humana y surgieron todos los conceptos relativos. La labor paciente de los estudiosos no ha podido encontrar el sitio de la soberbia torre bíblica, pero en el espíritu humano vive siempre la conciencia de la remota edad primigenia, y apesar de las incontables vicisitudes que han puesto horas de desesperación y dado caminos tortuosos a la vida humana, en el fondo de la naturaleza de las razas hay un contenido idéntico que queda ignorante de lo que en un momento cualquiera pasó sobre su faz, como las profundas cavernas marítimas desconocen las tragedias realizadas sobre el cristal de sus ondas superiores.

La Justicia.

Se anuncia la hora de la universalidad de la justicia, y de corazón a corazón va como un aviso de la nueva que se acerca. Acaso el tráfago humano haga imposible la pronta cristalización de este deseo, pero ya lo hubo de una manera general; la campanada sonó sobre el gran campo terrestre y si acaso falte diligencia para ir hacia la fiesta de la nueva primavera, el eco suyo vivirá en el espíritu con fuerza de salvación y los ojos de los nuevos hombres ven cómo caen para siempre “las viejas virtudes que no pueden sostener la mirada clara y fija de ella.” Nuevo pere-

grino, el espíritu endilga sus pasos hacia la hora de la unidad, hacia el momento muerto del símbolo bíblico. Babel vive como un objetivo en la conciencia de la nueva época y bajo la luz mortecina del crepúsculo de la civilización europea, camina hacia la mañana del nuevo día, cercano o distante, en que sus ojos verán la llanura verdecida por sus frescas esperanzas. Su alto deseo de Paz y de Justicia será como blanco guía bajo la noche estrellada.

La Crítica.

El anuncio del nuevo período que se inicia para el mundo, aparece hoy como un deseo general y como el resultado de la crítica histórica. El gran ciclo creador que fué el pasado, enorme en avances científicos, debía concluir así: en un decaimiento para la lucha en el terreno de las conquistas positivistas y en un cambio de rumbo en los presupuestos sociales y espirituales. Sin menguar el valor del análisis positivista como principio de crítica, tenemos que decir que el período pasado elevó su importancia hasta dejar deshecho en el instrumento inquisidor, bajo

la lente microscópica, en el cristal de las reacciones químicas, el último vestigio de ideal que radicara en el espíritu humano, y tornó la finalidad que debe servir de rumbo y que siempre ha animado el espíritu de las civilizaciones en anhelo de destrucción y de nihilismo. Toda la lucha del pensamiento pasado estuvo enrumada hacia la abolición de los valores especulativos, hacia la derrota de toda norma colocada fuera de la órbita del experimentalismo científico. El intelectua- lismo filosófico tendió hacia este fin y la lucha reaccionaria iniciada por el pragmatismo de James no fué sino un débil esfuerzo hacia la reconquista de lo absoluto. La finalidad general de la civilización caída fué la reducción de todos los valores a la experiencia y la destrucción de aquello que no resistiese su esfuerzo demoledor. La conclusión a que fatalmente hubo de llegar la ciencia del XX siglo, posesa de la más grande soberbia que nunca hubo en períodos ante-

riores de esplendor del pensamiento, fué la del mayor vacío para todo lo que significase un valor sólo realizable en el campo apriorístico, para aquello que encerrase un rumbo alejado de la moral y del derecho prácticos. La finalidad vital quedó de esa manera reducida a una fórmula cuyo desarrollo estuvo limitado por el interés actual, por un egoísmo presente: se apartó de tal manera de los conceptos finalistas del mundo la idea de lo absoluto y superior, que aquél vióse impulsado hacia una valoración alejada de toda parte ideal.

Las civilizaciones caídas.

En las civilizaciones caídas y muertas, que han dejado un surco profundo en la Historia y en la vida de la ideología humana, aparece siempre como eje de acción o como rumbo de movimiento, un principio abstracto, superior, intangible y a veces colocado en terreno inactual. La contemplación de algo no poseído y la persecución de una idea o de una norma elevada sobre el horizonte de los intereses prácticos, fué presupuesto de las épocas mentales de mayor auge que ha vivido el hombre. La civilización semítica estuvo animada por la búsqueda de la perfección ascética; la cultura ática es hija, no del valor y la fiereza de

sus hombres sino del culto supremo que rindieron a la belleza y a las perfecciones inmutables; la civilización alejandrina no la caracteriza la conquista del macedonio expresada por sí misma, sino el consorcio de ideas asiáticas y griegas, que en el recinto de Alejandría elevaron el espíritu hasta la perfección que extasió a los filósofos precristianos; la cultura romana está representada por su concepto del Derecho y éste vino a adquirir una vitalidad superior cuando el esfuerzo estoico dejó a un lado el *jus civites*, egoísta y personal, y el Pretor elevó hasta la fórmula el concepto del derecho humano; la civilización cristiana que llenó la Edad Media caminó hacia una idea absoluta; el Siglo de Oro español lo representó una idea mística; el Renacimiento es la resurrección de Helenia con su religión de la Belleza. Son siglos y civilizaciones que crean, que elevan, que caminan hacia un punto colocado fuera del examen visual y sensitivo.

El Siglo XX.

¿Y cómo fuera lo contrario? El Derecho y la Moral prácticos, cuya evaluación depende de una mira próxima, de un fin visible, llamados están a carecer de unidad y de vida; y asimismo el Arte y la Filosofía, condenados quedan a una multiplicidad que los destruye. Nuestra civilización en decadencia careció por completo de una orientación que la definiese y le diera la armonía que le era menester para crear y elevar. Ella fué el triunfo de la multiplicidad y de lo relativo, que a fuerza de chocar mutuamente, concluyó por dar origen al nihilismo espiri-

tual que le fué sucedáneo y que a la hora de la revisión sólo enseña el gran vacío en que el hombre ha visto náufragas sus adulaciones más caras. El pensamiento del siglo XX ha sido acaso el más inquieto y torturado de todos los siglos. El ha dado el toque a casi todas las puertas del Misterio para dejar en ellas—imposible de abrirse—el velo de la nada: donde el Ensueño se alzó enantes como una banderola de promesas, él colocó una palabra fatal: **Nihil**. Negó lo que no pudo experimentar, arrojó del radio de los conocimientos lo que le pareció contrario a una observación positiva, y cuando alguno, comprendiendo el divergente estado en que viejas ideas especulativas, que moraban como fermentos en la conciencia general, se hallaban con la organización de las sociedades actuales—viejas en mantillas—lejos de indicar o de buscar la fórmula que acaso trajese el equilibrio y que condujera a dar un paso hacia la perfección, creyó mejor **bajar** las

ideas hasta conformarlas al **modus** social; y entonces no fué el Derecho quien triunfó sino que en cambio hubo de inclinarse ante la fuerza y el utilitarismo quien ganó largos pasos a la equidad y la justicia.

Careciéndose de una orientación definida hacia donde convergiese el impulso total del pensamiento, éste tomó por única norma su propio interés, plegadizo a los caprichos y necesidades momentáneos, y el mismo postulado de libertad que en campos de Arte hizo de éste fiesta desbordada de **cubistas** y **futuristas**, llevó a las esferas del pensamiento la anarquía suprema, que desvirtuó todo su esfuerzo, convirtiendo la civilización pasada en feria de ideas donde la democracia triunfante fue libremente a traficar como bien pudo.

Nuevos rumbos.

Y ahora, cuando esa civilización cimentada en ideas ayunas de unidad, amontonadas con el desorden que hubo de imprimir en ellas el aire de libertad que las hizo germinar, sienten un golpe decisivo en su estructura, llegada es la hora en que frescos esfuerzos deban tender al levantamiento del nuevo edificio mental. De todas las partes del orbe viene la justificación de esta ley de renovación cultural, pues son la crítica histórica y un deseo colectivo quienes anuncian la necesidad de ideas nuevas que sirvan de basamento a la próxima civilización.

“La humanidad se da cuenta de que es preciso descubrir algunas normas en que creer y a las cuales ajustar las acciones,” dice el americano George N. Shuster, y ha sabido definir de una manera rotunda el propósito de los nuevos hombres, hechos a golpe de dolor en el crisol guerrero de la Europa trágica. “Es preciso una norma en que creer” grita la humanidad cuando ve la derrota de lo que antes creyera perdurable, después que circunstancias excepcionales la obligaron a forjar, como el artífice de Wilde, del metal estatuario del PLACER QUE SOLO DURA UN INSTANTE la efígie del DOLOR QUE DURA ETERNAMENTE; porque todo lo que antes le sirvió de pan candéal para su hambre de descubrir y de saber, descansó sobre principios por ella consagrados y llamados a sufrir la ley del cambio vital; hoy en cambio quiere un concepto firme e inmutable, algo superior que, más allá de la crítica experimental, viva por siempre alejado de las diarias mutaciones hu-

manas y de la relatividad de sus conquistas, para que formalice así el avance del espíritu y dé unidad general al pensamiento. Se mira hacia lo absoluto, hacia la resurrección de viejos ideales que en horas muertas dieron fisonomía a la labor mental de los hombres. Camino contrario al emprendido por los hombres pasados es el que emprenden los nuevos ciudadanos del universo; viaje sin rumbo fué el de la civilización decadente; ésta que empieza quiere fijar previamente una orientación a la cual referir toda su labor futura. Este oriente que habrá de dirigirle nace en el espíritu, en su exaltación, en su verdadero valor que el materialismo pasado quiso destruir para siempre: que se alce el espíritu de los hombres y que como lámpara propiciatoria señale con su existencia individual, el sitio que le corresponde en la gran escena humana. El siglo caído fué el del triunfo de todo lo que encerrase un valor práctico realizable en la hora actual: el hombre destruyó para ello

todos sus propios valores que fueranle inútiles en estas conquistas. Hoy el trueque empieza a realizarse en la conciencia universal de una manera visible aunque lenta, acaso contra el querer de los mismos hombres del siglo. Ese cambio se palpa a maravilla en la labor intelectual de la época, en la nueva literatura, impregnada de un misticismo sereno y reflexivo, de amplias vías iniciales.

“El sentido de la muerte.”

Y así quienes desde ayer lamentan y critican el misticismo cristiano de Ricardo León, el misticismo teosófico de Amado Nervo, el de Rod, Rolland y Maeterlinck, habrán de sufrir hoy el camino místico emprendido por el autor de “El Discípulo” y “El Fantasma.”

Cuando el alto novelista francés hubo de convencerse de la inutilidad de los sacrificios consumados en nombre de la Justicia y del Derecho; cuando meditó sobre la esterilidad de tantas vidas trucas sobre los campos de batalla, esterilidad que en un concepto materialista tendría como único resulta-

do "el ingreso prematuro de innumerables organismos humanos en el ciclo de descomposiciones y reconstituciones físico-químicas," miró con ojos inquisitivos hacia lugares superiores y comprendió que sobre la vida animal del hombre flota la vida alta del espíritu y terminó su libro "El Sentido de la Muerte" parafraseando a Pascal en esta forma: "Cuando creemos que Dios nos falta es que le tenemos cerca." "Tú que me buscas, me has hallado ya," dice el Padre con palabras del hijo de Etienne Pascal.

Parezca paradójal, pero la vida sólo se afirma con el sentimiento de la muerte. No es un concepto materialista el de Vacherot cuando dice que el ideal de la vida humana no es sino la exaltación de nuestra naturaleza. Lamentablemente muchos han visto en esta exaltación de la naturaleza humana un postulado de fé materialista, creyendo que sólo con obras tales y propósitos semejantes se puede afirmar la vida. La continui-

dad del esfuerzo, la grandeza del acto consumado, el tamaño de la obra practicada, se ha considerado como lo único que afirma la existencia: sea el hombre activo y enérgico, conquiste pueblos, civilice colectividades, cree doctrinas que intensifiquen la vida, háse dicho en nombre de tal postulado, y toda tendencia, no a crear, sino a mirar hacia los campos de la destrucción, no a cantar la vida, sino a inquirir el misterio de la muerte, la vida espiritual, la presencia del dolor, el escalamiento de alturas psíquicas, ha sido tildada de enferma y contraria a los principios de exaltación de la naturaleza. Por esa vía van los místicos: dejan la vida visible y barruntan extraños senderos del espíritu. Significación contraria tiene en un concepto materialista ésta que ellos dan a la existencia, mas si se la ve con un amplio criterio, son ellos quienes mejor y más intensamente afirman la naturaleza humana; son sus puntos de mira los que señalan un verdadero objetivo al peregrinar.

naje de los hombres sobre la corteza terrestre y no es nada enferma la tendencia que ellos atalayan en su práctica.

La serenidad mística corresponde al vértice de la peregrinación del pensamiento en el inconmensurable campo de libertades de que pueda hacer uso. El **por qué** y el **cómo** sólo hallan en la recóndita vitalidad de la substancia organizada una respuesta fatal: el vacío, la ley del infinito y ante el horror de la nada, el alma, reconcentrándose en sí misma, busca en el castillo interior la paz inefable de la serenidad: no la inquietud dolorosa y estéril del análisis, sino la ascensión de Neruo en la escala luminosa del pensamiento alado. En ese campo superior, donde todos los valores se trasmutan, está la verdadera y única exaltación de la naturaleza. ¿Acaso valiera algo crear pueblos, valores nuevos, programas, doctrinas, llegar al éxito de la ciencia, si quienes tales conquistas alcanzan llegasen mañana a perecer? Perecer! Hacia este

verbo van todos los que niegan valor invisible a la vida, quienes para exaltarla huyen de la ruta llamada malsana, de los que, sin negar las excelencias del momento actual, inquietan el otro camino, que ora subiendo, mientras existe la armazón de la carne, ora después de la muerte, se abre a los ojos del espíritu, camino que hace objeto a la vida y que la salva de caer en la paradójica definición de Nietzsche: **finalidad sin fin.**

La vida no se explica sino llevándola a la muerte. ¿Se cae, o se sube cuando nuestros pasos llegan a la tumba? No digamos nuestros pasos, sino nuestro esfuerzo, nuestros empeños de vida, nuestra fuerza, nuestro anhelo, nuestro deseo. Preguntamos al hombre que aun en el último estado de salud tiene anhelos ¿queréis morir? y respóndenos que nó, y la muerte llega y se cierran sus ojos y su mano queda inactiva y algo en él continúa gritando: ¡Nó! y este "Nó" es la voz de la vida, es la exaltación de la naturaleza que

no se agota, que considera imposible el llegar a perecer. Hablar de la muerte no es matar la vida: es alargarla, darle un campo de acción donde alcanzará lo que antes no.

¿Perecer?

Reconstruyamos los hombres culminantes, los representativos de la raza, dándoles sólo su vida limitada de mortales. ¿Acaso fué misión de César conquistar terrenos para ampliar el imperio de una ciudad y caer después, cuando aun tenía vida y anhelos, al golpe del arma traidora y dejar entonces de ser para siempre él, el conquistador, quedando su misión reducida a aumentar el dominio de una colectividad integrada por hombres que como él no existirían tampoco? Galileo Galiley no existe hoy. Galileo sólo fué una sombra que pasó y que hoy no es nada

absolutamente. Un día exclamó: **E pur si muove**, castigado por haber dicho una gran verdad, pero él no existe y tampoco existe quienes le oyeron, ni mañana existiremos nosotros que repetimos sus frases. Pero si César nada vale a pesar de sus conquistas, si él no es ni siquiera una célula pensante ni Galileo Galilei puede darse cuenta de haber descubierto el movimiento de esta pequeña esfera cósmica en que vivimos ¿para qué sirven las conquistas y los descubrimientos? ¿Para exaltar la naturaleza? ¿Exaltarse para perecer?

Tal cosa no quieren los místicos, llamados en cambio enfermos y decadentes. Mas no hay decadencia en querer subir, en desear perpetuarse. Por el sexo se perpetúa, no el hombre, sino la raza; el hijo es el exponente de la continuidad racial, mas no en un sentido estricto la continuidad del hombre que le diera vida. Sería esta razón acaso la única defensa de quienes queriendo exaltar y perpetuar la naturaleza, niegan absolutamente

todo valor al espíritu como lo único eficaz que habrá de salvar el principio de vida de los mortales. La raza vive pero el hombre muere: paradoja es ésta que no soluciona la tesis materialista, pues aquélla integrada de hombres, caerá a la postre para siempre en el vacío irremediable, en ese vacío donde se quiere arrojar la vida.

“Los que siembran árboles que sólo en otro siglo deben florecer—dice Stacio citado por Cicerón—¿cómo habrían de hacerlo si no creyeran que los siglos futuros les pertenecen?” Nos pertenecen los siglos!, esto dicen los místicos. Más hambrientos de vida que quienes luchan incansablemente sobre el campo de las especulaciones prácticas y los llaman enfermos y decadentes, ellos intensifican la fuerza que habrá de salvar la especie prolongándola más allá del sepulcro.

“El Límite.”

Ahí está una novala dolorosa: “El Límite” de Michel Artzybachev. Todo el fermento del alma esclavizada del pueblo ruso anterior a la baraúnda del gobierno rojo, late en sus páginas. En ellas el sacrificio y la vida y el amor se estrellan irremediabilmente contra “el límite.” “El Límite” es la Muerte armada de espada de dos filos guardando el secreto de la tumba. Pero cuando los personajes de la novela han muerto, el viejo médico que los consoló en sus últimos días, va hacia la desolación de los sepulcros que guardan sus despojos. Todo allí es

destrucción: la nada trágica que se tragó tantas existencias amadas; mas él percibe algo que parece venir del fondo de la tierra: es un ruido, el ruido confuso de los que se fueron, de los muertos cuyos cuerpos están cerca de nosotros sin vivir ya. Y ese ruido indefinido es como una lámpara de salvación en la negra noche de la novela; aquel ruido que el autor apenas nombra, salva la vida de aquellas almas dolorosas y sufridas y viles y bajas que forman la atmósfera toda del libro ruso; aquel ruido sepulcral representa, después de haberse asistido a la destrucción de vidas y valores morales, la fuerza de perpetuación del destino humano, inconforme ante la idea angustiosa del **no ser**.

Y si vamos camino de la muerte ¿por qué llegar al "límite" y no procurar inquirir cómo es aquél? Si la luz que ha de guiarnos en tal ruta es el espíritu ¿por qué apagarla? En su primera Cuestión Tusculana, el mismo Cicerón anota este dicho de Catón: "Toda la vida

de los filósofos es una preparación para la muerte." Aquí la labor de los místicos. Baquianos del Más Allá, preparan el espíritu que habrá de alumbrar la desconocida vía donde la conciencia humana tendrá nueva aventura y tienden el puente ideal que une la vida con el misterio, donde la perpetuación del esfuerzo de los hombres será más intensa.

El Misticismo.

Epocas de misticismo ha tenido el universo como las tiene la vida de los hombres. En la actualidad atravesamos un período de crisis mística. Este período es consecuencia lógica de la pasada Guerra. Ya en el fragor de la lucha los soldados vieron al Nazareno curando heridos en los campos de batalla. Es el anhelo de tornar a una época de infantilismo primitivo que bulle en el alma cansada de razonamiento y de esfuerzos fracasados. Destruído el viejo concepto de la justicia humana, el alma ábrese a la contemplación de una justicia superior,

justicia sin manos como la Venus de Milo: más que ciega, ella debe ser trunca para no caer en el pecado de quitar para sí.

El siglo XX preparó, además de la guerra, este resurgimiento místico. Aniquiladas aparentemente las verdades que absorbieron el espíritu de los siglos y de las razas, nuevas ideas acosaron la mente humana, que terminó por ver en ellas sólo simulacros de razones. Entonces un nuevo sentimiento embriagó la conciencia del hombre: quiso creer, anheló salvarse, perpetuarse y perpetuar consigo, no un imperialismo económico, sino uno más alto, el imperio ideal de aquellas verdades que le sirvieron de alimento para la lámpara mortecina de su ensueño de paz, el imperio intangible de las altas normas de libertad y de justicia que siempre han inquietado el alma universal. La justicia, venida de los hombres, viciada y prostituida, quiere trocarla por el *fas* de las épo-

cas primitivas, que mejor que en el sagrado templo de los pontífices romanos se halla en la **ciudad ideal**, donde no va el hombre sino por el espíritu.

La literatura mística.

La literatura tiene que hacer suya esta corriente nueva. Ella tipifica el alma de su siglo y encierra la emoción del momento. José Enrique Rodó hubo de anotar al principio de la hecatombe mundial: "La guerra traerá la renovación del ideal literario, pero no para expresarse a sí misma, por lo menos en són de gloria y de soberbia. La traerá porque la profunda conmoción con que tenderá a modificar las formas sociales, las instituciones políticas, las leyes de la sociedad internacional, es forzoso que repercuta en la vida del espíritu, provocando, con nuevos

estados de conciencia, nuevos caracteres de expresión. La traerá porque nada de tal manera extraordinario, gigantesco y terrible, puede pasar en vano por la imaginación y la sensibilidad de los hombres; pero lo verdaderamente fecundo en la sugestión de tanta grandeza, lo capaz de morder en el centro de los corazones, donde espera el genio dormido, no estará en el resplandor de las victorias ni en el ondear de las banderas, ni en la aureola de los héroes, sino más bien en la pavorosa herencia de culpa, de devastación y de miseria: en la austera majestad del dolor humano, levantándose por encima de las ficciones de la gloria y proponiendo con doble imperio al pensamiento angustiado los enigmas de nuestro destino, en los que toda poesía tiene su raíz." Fué profeta el de Ariel. Sobre la faz literaria del mundo civilizado pasa un hálito de bonanza, un deseo de inquirir la última verdad, un anhelo de subir, un propósito de renovación. La experiencia dolo-

rosa de la larga lucha, en la cual el hombre ha adquirido largo aprendizaje, le dice con claridad dónde está su destino, le enseña a mirar más diáfananamente su futuro y su pasado, cambiándole hasta el valor de los hechos remotos. La guerra le ha revelado lo que antes le señalara Antonio Zozaya, de que Troya no fué Aquiles, ni siquiera Helena, sino el vientre de Menelao; Farsalia el apetito de César y Austerlitz la sed de Napoleón.

La Edad de Oro.

¿Y llegará la edad de oro anunciada por Saint-Simon, esa época que según el decir del filósofo, no se halla en el pasado sino delante de nosotros? Acaso sea esta la pregunta que se hagan muchos espíritus hambrientos de perfeccionamiento y que ven levantarse de una manera poderosa y resplandeciente el viejo Ideal, vejado y calumniado. Ese ideal ha renacido interiormente en el espíritu de los hombres después de la guerra. Cuando los tratados y las leyes del Derecho fueron violados, cuando se luchó por un credo económico y el ideal caía agónico en los

campos de batalla, el soldado moribundo vió el lábaro de Constantino sobre el corazón de la enfermera de la Cruz de Ginebra y aquella Cruz fué lo único ideal que brilló entre el humo de la pólvora homicida. Era la fé y la esperanza en la ciudad de Dios que nacía de nuevo en el espíritu agonizante de los hombres de la vieja civilización, de esa misma civilización angustiada, cuyo presupuesto de vida estuvo basado en la aniquilación de los valores que hoy ve surgir de nuevo con más fuerza. Sin embargo, caminos de Fenicia ambulan unos en pos de ese sigío de oro. Ellos han idealizado los instintos de la especie y ven como nada el sacrificio de los más, pero aquellos que preguntaron: "Tánta sangre, tántas lágrimas vertidas ¿tienen un significado más allá de nuestro mundo?", ellos hallaron la respuesta con Bourget y han endilgado sus pasos por las arenas áridas que antaño cruzaron los abanderados del Ideal y del espíritu. Y tras ellos va toda una literatura de

piedad y de amor que atalaya altas miras de renovación, la literatura de quienes buscan el fondo de la vida y la exaltación de la naturaleza más allá de la muerte y de la nada como en la antigua teología oriental, pero dándole a la nada y a la muerte lo que ésta no le dió: Vida; afirmándola en el espíritu como lo anunció el Nazareno (Lucas, 9, 23); subiendo por la escala del misterio en pos de alas que dejen al ánima en capacidad de volar a la justicia y de oír “la música callada y la soledad sonora”, que cantara el de Lapes. Es el surgimiento de un deseo de subir que no es la primera vez que cruza por el orbe y el cual es consecuente de los grandes períodos de síntesis.

Ayer y hoy.

Ya la ciencia de los Brahma-
manes durmió larga amnesia de
paz bajo la soberbia de las
grandes pagodas orientales; la
alegría griega, después de un es-
fuerzo de quietud realizado con
Pitágoras, se tornó en sonrisa de
contemplación con Proclo, Plotino
y Porfirio en la casa alejandrina y
la potencia creadora y demoledo-
ra de los bárbaros oró largamente
bajo la piedra de las catedrales y
los monasterios del medioevo. El
"Je sais tout" de una revista fran-
cesa, esa bandera que encarna to-
do el deseo de un ciclo de conquis-
tas, acaso más audaces que las ro-

manas y las bárbaras, ¿no es razonable que sienta un deseo de elevarse y de ignorar, un anhelo de subir a planos de quietud y de paz? La lógica lo afirma, mucho más cuando concluidas las conquistas que emprendiera el pensamiento humano, sólo háse hallado a la hora de examinarlas, un profundo aniquilamiento de sus fuerzas y vagos sus propósitos de exaltar la naturaleza. Caminos de la mística busca el pensamiento actual, y son estos los senderos donde mejor que en largas prácticas de análisis y de inquisiciones positivas sobre la hermosa arquitectura de los cuerpos, verá florecer las rosas perpetuas de su ensueño de ser siempre. . .

Los rusos.

El aire de misticismo que se agita en torno del pensamiento general es, como decimos, el resultado de la crisis total de los conceptos ideológicos de la civilización caída. El neomisticismo sectario de la Rusia que se empezó a anunciar desde el siglo pasado, hubo de quedarse entre sus fronteras nacionales por corresponder él a un rechazo por parte del pueblo de las duras disciplinas del zarismo; fenómeno local, él corresponde a una ley de repudio, a la necesidad en que se encuentran los pueblos en cualquier momento histórico de reconcentrarse en sí mis-

mos, de vivir en el secreto de las sectas mientras las capas superiores que sobre él pesan lapidan sus aspiraciones naturales. La intención rusa, hecha lengua para el universo en los libros de sus escritores más representativos, no ha pasado de ocasionar un leve contagio intelectual, impotente para trocar la orientación del pensamiento europeo, y en cambio la idea mística que durmió tanto tiempo en el silencio sectario, al obtener la libertad que hubo de medrar en días de pésima opresión, tocó su extremo opuesto hasta cambiar en rojo sudario mortal la blancura inmaculada de la estepa.

La ascensión.

El fermento místico actual no es sino la resurrección en el alma de occidente de viejas tendencias de la raza, dormidas hacía mucho, pero que en el momento de la caída de la civilización materialista del siglo XX surge como la iniciación del nuevo siglo cultural. Y aunque el misticismo haya sido considerado como una dulce visión de descanso ante el dolor humano, como un fenómeno de decadencia que prospera en la tarde de todas las civilizaciones, hemos visto que como coronamiento de un período cualquiera lejos está de ser índice de relajaciones: después de la lar-

ga fatiga de la ascensión, en viaje hacia las altas cumbres los blancos hielos serranos son como serena lección de bondad para el esfuerzo que se eleva; la inclinación mística del pensamiento actual indica en sí una mutación para la directriz del espíritu y con el cambio manifiesta ganancia energética. La conciencia de la raza, torturada ante la angustia de los problemas económicos y de los postulados políticos, quiere elevarse hacia puntos de vista que hagan más liviana la carga que sobre sí pesa.

El Gran Inquisidor.

Otro ruso angustiado, de esos que con Artzibachev cristalizan a maravilla el alma atormentada de aquel pueblo informe, Fédor Dostoyewski, pinta en una de sus amargas novelas el dolor de los hombres ante el problema de sus necesidades económicas. Aquel cuadro representa dos momentos sobresalientes de la vida humana: la reacción materialista contra el Ideal y la luz de éste amparando la negra tortura vital.

Es el siglo XV. La acción pasa en una ciudad española donde el día anterior se había consumado un auto de fe **espléndido**. La mu-

chedumbre agitada va al altosano del templo principal donde Jesús se halla predicando y haciendo milagros. El gran Inquisidor ordena sea hecho preso y conducido a un oscuro calabozo. Ya en éste el Maestro de Nazaret, es interpelado por el representante de la nueva fé, que le hace la crítica de su sistema religioso. Le habla de las "Tentaciones" y de la respuesta que dió el Diablo, que en su primera condición pedía trocarse en pan las piedras. Y el gran Inquisidor dice al Galileo: "Contestaste que el hombre vive de algo más que de pan, pero sabe que en nombre de ese pan terrestre el espíritu de la tierra se volverá contra tí y te vencerá. Sabe que la humanidad proclamará que no hay crimen y por consiguiente castigo, que no hay más que hambrientos." Por el Inquisidor español habla el alma de toda una civilización que elevó el materialismo hasta querer destruir las cumbres del ideal y que sobre el monte de Apolo quiso consagrar altares a dioses infer-

nales. Sobre el concepto "no hay
hay más que hambrientos" se ha
querido hacer descansar toda una
moral sin responsabilidades y un
orden político en pugna con las
normas inmutables de la justicia
eterna. Mas el insulto que los
hombres profirieron al Rabí de
Galilea por labios del gran Inqui-
sidor, lo correspondió aquél en si-
lencio, en un dulce silencio sellado
con un beso de sus labios impeca-
bles sobre los labios blasfemos del
carcelero. Aquí la parte ideal de
la construcción del ruso: mientras
los hombres desorientados claman
contra el ideal, éste inmutable ríe
para ellos y su sonrisa perpetua es
aliento para el espíritu humano.

El Camino.

La civilización que empieza toma camino contrario al indicado por los gritos del Inquisidor excelente. La angustia sucedánea del desequilibrio económico y del orden ideológico que elevó el materialismo caído, invoca para sí el reino de una justicia menos adulterada por los hombres, justicia sin manos como la Venus de Milo, que acaso encuentre en la nueva vía que emprende.

Caracas, por noviembre de 1921 y agosto de 1922.
